

# EL ENTREMETIDO Y LA DUEÑA Y EL SOPLON.

DISCURSO DEL CHILINDRON LEGÍTIMO DEL ENFADO , AHORA DE DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS , CABALLERO DE LA ÓRDEN DE SANTIAGO ; Y LIMPIO DE MANCHAS DE TRASLADOS Y DESCUIDOS DE IMPRESORES , Y AÑADIDAS MUCHAS COSAS QUE FALTABAN.

## DELANTAL DEL LIBRO,

Y SÉASE PRÓLOGO, Ó PROEMIO QUIEN QUISIERE.

Estos primeros renglones , que suelen , como alabarderos de los discursos, ir delante haciendo lugar con sus letores al hombro, pios, cándidos, benévolo ó benignos , aquí descansan deste trabajo, y dejan de ser lacayos de molde y remudan el apellido, que por lo ménos es limpieza. Y á Dios y á ventura, sea vuesa-merced quien fuere, que soy el primer prólogo sin tú y bien criado que se ha visto, ó lea, ó oiga leer. Este es el discurso del *Entremetido y la Dueña*: si le pareciere que son una propia cosa , sea en buen hora; que ya sabemos que no hay entremetimiento sin dueña ni dueña sin entremetimiento. Ni se detenga vuesa-merced en examinar qué género de animal es la triste figura de los estrados ; y avergüéncese , pues en cosa tan menuda se atollan tan reverendas hopalandas y un grado tan iluminado y una barba tan rasa. Esta es de mis obras la quinta

demonia, como la quinta esencia. No se escandalice del título ; créame y hártese de dueña vuesamerced, que podría ser diligencia para excusarla. Si le espantare, conjúrela y no la lea ni la dé á los diablos; que suya es. Si le fueren de entretenimiento, buen provecho le hagan ; que aquel sabe medicina que de los venenos hace remedios ; y agradézcame vuesamerced que por mí le enseñan las dueñas, que chian y tientan. Si vuesamerced fuese murmurador, sería otro tanto oro que á puras contradiciones y advertencias me daría á conocer, y no ha de haber Zoilo, ni envidia, ni mordaz, ni maldiciente, que son el Sodoma y Gomorra, Datan y Aviron de la paulina de los autores. Y si fuere título quien leyere estos renglones, tráguese la merced, y haga cuenta que topó con un señor de lugares por madurar, ó con un hermano segundo que no pide prestado ; que suelen rapar á navajas las señorías.

---

## CHISTE Á LOS BELLACOS PÍCAROS CON QUIEN HABLO.

Tacaños, bergantes, embusteros, perversos y abominables, todo lo escrito en este discurso habla con vuestras vidas, muertes, costumbres y memorias : no hay que rempujar nada hácia los buenos. Lo que han de hacer es no tomarlo ninguno por sí, sino unos por otros ; y con esto ellos quedarán por quien son, y mi libro será bienquisto de los propios que abraza y persigue ; y porque no me antuvie alguno, tomo por mí lo que me toca, que no es poco ni bueno. Dios los confunda, si perseveran.

---

## EL ENTREMETIDO

# Y LA DUEÑA Y EL SOPLON.

---

Soltáronse en la caldera de Pero Gotero un soplon, una dueña y un entremetido, chilindron legítimo del embuste; y con ser la casa de suyo confusa, revuelta y desesperada y donde *nullus est ordo*, los demonios no se conocian ni se podian averiguar consigo mismos: los malditos se daban otra vez á los diablos; no habia cosa con cosa, todo ardía de chismes, los unos se metian en las penas de los otros. Mirad quién son entremetidos, dueñas y soplones, que pudieron añadir tormento á los condenados, malicia á los diablos y confusion al infierno. Pluton daba gritos, y andaba por todas partes pidiendo minutas y juntando cartapeles. Todo estaba mezclado, unos andaban tras otros, nadie atendía á su oficio, todos atónitos. El soplon le dijo que habia muchos diablos que no salian al mundo y se estaban mano sobre mano, y que otros no habian vuelto mucho tiempo habia. La dueña por otra parte andaba con un manto de hollin y unas tocas de ceniza, de oreja en oreja, metiendo cizaña. Decia que mirase por sí Pluton, que habia conjura para quitarle el diablazgo, y que entraban en ella dos tiranos, tres aduladores, médicos y letrados, y mitad y mitad, y casi un ermitaño. No le quedó color al gran demonio cuando oyó decir el casi ermitaño. Parecióme á mí que lo daba todo por perdido. Calló un rato, y luego dijo:

—¿Ermitaño, letrados, médicos, tiranos? ¡qué confeccion para reventar una resma de infiernos con una onza! En esto que iba á visitar su reino, vió venir á sí el entremetido. Esto me faltaba, dijo. ¿Qué quieres contra mí? Y empezó á mosquearse dél con toda su persona; mas él venía vaciándose de palabras y chorreando embustes. Díjole muy allá de lo que algunos trataban de huirse del infierno, y que otros querian dar puerta franca para que entrasen unos mohatrereros y hipócritas, con que el mundo estaba rogando á los demonios, y otras cosas, que si no se huye por no le sufrir, lo anega en embelecocos y en cláusulas. Él, viendo el alboroto forastero de su imperio, y advertido destes peligros, con su guarda y acompañamiento (que le sobran tudescos y alemanes para ella despues que Lutero y Calvino ladraron las almas de los ultramontanos) empezó la visita

de todas sus mazmorras , para reconocer prisiones , presos y ministros. Iba delante el soplón haciendo aire , que atizaba y encendía sin alumbrar. La dueña en zancos de fuego se seguía , atisbando ( como dicen los pícaros ) todo lo que pasaba. El entremetido , mirando á todas partes , no dejaba ánima sin gesto y reverencia. A cuál decía: Bésoos las manos. A cuál: ¿Es menester algo? Voseabase con los precitos, llamábase de tú con los verdugos y los dañados; á cada cortesía de las suyas decían : Oxe, más recio que á la llamarada. Más quiero fuego, decía una , otra le llamaba *añadidura á las penas* , otra *sobrehueso del castigo*. Estaba un festigo falso entre infinita caterva dellos , en lugar más preeminente que todos, hecho maestro de falsos testimonios como de capilla. Llevábales el dicho como el compas, y todos juraban á un són. Tenian los ojos en las faltriqueras, mirando lo que no veían , y en la cara por ojos dos bolsas de fuego. Y así como vió al entremetido, dijo el maestro :

—Por no verte me vine al infierno; y si advirtiera en que este habia de venir acá, fuera bueno, no por salvarme, sino por ir donde no podia entrar. En esto estábamos, cuando oimos gran tumulto de voces, armas , golpes y llantos mezclados con injurias y quejas. Tirábanse unos á otros por falta de lanzas los miembros ardiendo, arrojábanse á sí mismos encendidos los cuerpos, y se fulminaban con las propias personas. No se puede representar tan rigurosa batalla. Uno andaba disparándose á todos; parecia emperador: la cabeza tenia coronada de laurel , el cuerpo lleno de heridas , el cuello llenó de sangre. Estaba cercado de senadores, que con almaradas afiladas mal se defendian de su rabiosa furia y cruel enojo. Llegó á él Pluton, y dando un trueno que hizo temblar todo el infierno, le dijo:

—¿Quién eres, alma, aun aquí presumida?

—Yo soy ( le respondió ) el gran Julio César , y despues que se desbarató y mezcló tu reino, di con Bruto y Casio, los que me mataron á puñaladas con pretexto de la libertad, siendo persuasion de la envidia y cudicia propia destes perros, el uno hijo y el otro confidente. No aborrecieron estos infames el imperio, sino el emperador. Matáronme porque fundé la monarquía; no la derribaron, antes apresuradamente ellos instituyeron la sucesion della. Mayor delito fué quitarme á mí la vida que quitar yo el dominio á los senadores, pues yo quedé emperador y ellos traidores; yo fuí adorado del pueblo en muriendo, y ellos fuéron justiciados en matándome. Perros (decía la grande alma de Julio César), ¿estaba mejor el gobierno en muchos senadores que lo supieron perder , que en un capitán que lo mereció ganar? ¿Es más digno de corona quien preside en la calumnia y es docto en la acusacion , que el soldado , gloria de su patria y miedo de los enemigos? ¿Es más digno de imperio el que sabe leyes, que el que las defiende? Este merece hacellas, y los otros estudiallas. ¿ Libertad es obedecer la discordia de muchos, y servidumbre atender al dominio de uno? ¿ A muchas cudicias y ambiciones juntas llamais padres , y al valor de uno tiranía? ¡Cuánta más gloria será al pueblo romano haber tenido un hijo que la hizo señora del mundo, que unos padres que la hicieron con guerras civiles madrastra de sus hijos! Malditos, mirad cuál era el gobierno de los senadores, que habiendo gustado el pue-

blo de la monarquía, quisieron ántes Neronos, Tiberios, Calígulas y Eliogábalos que senadores. En esto Bruto con voz turbada y rostro avergonzado dijo á gritos:

—¡Ah senadores! ¿no ois á César? ¿Esa maldad añadís á las otras contra el príncipe, siendo autores de la maldad: culpar á quien os creyó? Hablad, responded; con vosotros habla el divino Julio. Tales sois, que yo y Casio fuimos traidores porque os creímos. Y si en las repúblicas multiplicando dominios ejercistes la soberanía, la codicia de repetir la primera dignidad os hizo negociar y no regir, ó la consideracion de la suerte alternativa os amedrentó, para disgustar al que pudo tener alguno capaz del mismo puesto por pariente ó amigo. ¿Qué pretendistes con vuestro engaño ó nuestra traicion? Responded á César; que nosotros padecemos castigo en nuestras afrentas. Uno de los senadores con sobrecejo severo, muy ponderado de facciones, con voz desmayada y trémula dijo:

—¿Qué habláis los príncipes, si Ptolomeo rey mató vilmente al gran Pompeyo por tu causa, á quien debia el reino que tenia? ¿Qué delito fué en los senadores matarte á tí para cobrar los reinos que nos arrebataste? ¿Desquitar á Pompeyo es maldad? Júzgüenlo los diablos. Achillas mató al Magno por mandado de su rey, y era un bergante que comia de sus delitos. Más infame fuiste tú, que viendo la cabeza de Pompeyo lloraste; más traidor fué tu llanto que su espada; sentimiento mandado fué el tuyo; de la piedad hiciste venganza; más atroz fuiste mirándole muerto que venciéndole vivo: ojos hipócritas no han de estar en la primera cabeza del mundo: nosotros empezamos la restauracion con tu muerte; no apresuramos la venida de Neron; el pueblo no supo escoger. Tal fuiste, tirano, que de tu sangre salieron, como de imperio hidra, de una cabeza cortada doce. Tornáranse á embestir si Lucifer no mandara con amenazas que César se fuera á padecer los castigos de su confianza, despreciadora de avisos y advertencias, y á Bruto y Casio envió á que fuesen escándalo de las almas políticas, y á los senadores repartió entre Mínos y Radamanto. Y nombrando infinitos buenos consejeros en todos tiempos, los atormentaban, y cada letra de sus nombres era un tizon para aquellos malditos senadores. Cuando entendieron que todo estaba acabado, asomaron por un cerro unos hombres corriendo tras unas mujeres; ellas gritaban que las socorriesen, y ellos decian:

—Ténganlas. Mandólos Pluton asir.

—¿Qué es esto? preguntó; y uno dellos, muy asustado, dijo:

—Somos los padres sin hijos, y estas bellacas....

Díjole un diablo que hablase más bien criado y verdad, que padres sin hijos no podia ser. Él replicó:

—Pues todos nosotros somos padres, que fuimos en el mundo casados, hombres de recato, de los de en mi casa me como, y otras hidalgúas celosas, cartujos de alojamiento, atusados de visitas, calvos de amigas, que son todos los calzadores con que una frente calza el cuerno que le revienta en las sienas. Con esto nos echamos á dormir; cada año nos nacen hijos que criamos, por sustentarlos rozamos nuestras almas, y á pura condenacion arañamos qué dejarlos. Y ahora habiendo muerto ellas, se ha sabido que los hijos fuéron concebidos á escote entre los criados y los amigos, y algunas concibieron como comadreas por el oído.

En esto salió un maridillo que parecía cabo de hombre como de hacha, muy cercenado de carnes, con unas barbas de orozuz mascado, la habla entre ladrido y anfonía, que parecía que habia comido gozques, y dijo:

—Voto á tal, infame, que me has de desempadrar. Yo he sido ayo del hijo de mi negro; un real sobre otro me han de volver mi legítima. Y yo, que nunca entendí que hiciera la infame pecados tintos, teniendo tanto mozuelo moscatel en que escoger, le decia: Domingo, no entiendo á tu ama. Y él luego riéndose con una geta de un palmo, me respondia: Mi alma con la suya. Y esto sonaba alabanza, y era pulla.

—Bien mirado, bueno es, decian todos los padres güeros, que un hombre pasase su vida sufriendo una preñada, regalando una parida, tragando un niño, pagando un bautismo, sufriendo amas, oyendo *taita*, llorando de risa por las barbas abajo de que dijo *coco*, *mama*; y desto estamos corridos, que andábamos contando por las casas, mi hijo dijo hoy: *putenor pare*. ¡Hay tal cosa! Ha de ser grande hombre. Y vive Dios, que pareciéndose á bulto nuestros hijos á sus padres, nos decian las malditas: A fe que no niegue á su padre. Hijo de padre si lloraba, hijo de padre si reia. Y nosotros, la boca abierta y el moco tan largo, comprando habadores y dijés, y ahora nos hallamos en los infiernos condenados cuquillos. No ha de pasar así. Fuéles mandado que se retirasen á padecer su credulidad; lleváronlos al Jarama del infierno.

Gran revolucion se via en una sima muy honda de almas y diablos. Paróse la visita á entender lo que era; no se vió tal cosa jamas. Estaban atormentándose unos presumidos y otros vengativos y algunos envidiosos.

—Si yo volviera á nacer; si yo volviera á la vida; si muriera de dos veces. Los demonios estaban tan enfadados de oirlo, que les decian:

—Ladrones, embusteros, infames, que estais quebrándonos las cabezas con si volviérades á nacer, si volviérades á nacer mil veces, cada vez tornárades á morir peor, y á palos no os podrémos echar de aquí. Mas para que se vea quién sois, ya tenemos orden para que volvais á nacer. Ea, picaños, alto á nacer, alto á nacer. Cosa extraña, que los malditos que tanto lo blasonaban, así como oyeron decir alto á nacer se consumieron, y afligidos y tristes se sepultaron en un silencio medroso. Uno dellos, que parecia más entendido, con mucho espacio, suspenso de cejas empezó á decir:

—Si me han de engendrar bastardo, hay pecado y concierto y paga y alcahueta y tercera parte como casa. Si he de ser de legítimo matrimonio, ha de haber casamentero y mentiras y dote, que son epítetos, y no dos cosas. Yo he de estar aposentado en unos riñones, y dellos, con más vergüenza que gusto, diciendo que se hagan allá á los orines, he de ir á ser vecino de la necesaria; nueve meses he de alimentarme del asco de los meses; y la regla, que es la fregona de las mujeres, que vacia sus inmundicias, será mi dispensera; andaré sin saber lo que me hago; ántes de ver, lleno de antojos; para nacer traeré más dolores que el mal frances; saldré revuelto en la sábana de la posada, como quien da madrugon; lloraré porque nació, viviré sin saber qué es vida, empezaré á morir sin saber qué es muerte, envolveráme la comadre en mantillas, que me la jurarán de

mortaja; enjugaré los pechos de un ama. Aquí entra lo de tener la leche en los labios; pónenme en una cuna; si lloro llaman el coco, si duermo me cantan

Con la grande polvareda.

La mú llaman al sueño las mujeres, y el mú al que se duerme; pónenme un babador, cuélganme dijés, nácenme los dientes. Voto á tal por no aguardar eso, y únas viruelas y el palomino muerto, y que no me rasque: *ay el angelico*, y á *ro, ro*, me esté en los infiernos siempre jamas. ¡Pues qué, si paso del sarampion, y ya mayor voy á la escuela en invierno, con un alambique por nariz, tomados todos los cabos del cuerpo con sabañones, dos por arracadas, uno á la jineta en el pico de la nariz, dos convidados á comer y cenar en los zancajos, llamando señor al maestro; y si tardo me toman á cuestras, y como si el culo aprendiera algo ó le encomendaran la licion, le abren á azotes! Maldito sea quien tal quiere volver á nacer.

Pues consideráos mancebos, acechados de la lujuria de las mujeres en toda parte y sitiados de su apetito, haciendo vuestras vidas y vuestras almas alimento de su desórden. ¿Ahora habia yo de volver allá á calzar justo y andar mirándome á la sombra, trotando con los ojos las azuteas y los terrados, suspirando de noche, hecho mal agüero en competencia de las lechuzas, abrigando esquinas, recogiendo canales, adorando cabellos, y dando mi patrimonio por la cinta de un zapato, y llamar favor que me pidan lo que no tengo? ¡Oh maldito sea, sobre maldito, quien tal quiere volver á repasar! ¡Pues qué ya hombre, cargado de cuidados entre arrepentimientos y desengaños, empezando á sentir el monton de las enfermedades que la mocedad acaudaló, haciendo el noviciado para viejo, mandando entresacar canas al barbero, que mejor se puede llamar canario, introduciendo en jordan la navaja, diciendo que son lunares y achacándoselas á los trabajos, negando años á pesar de la jaqueca y dolor de muelas y ijada! ¡Pues qué se compara con haber de ser forzosamente hipócrita de miembros, y decir, cayéndome á pedazos: Nunca estuve para más; yo lo haré; aquí me las tengo; y otras cosas que cuestan caro á los que las dicen! Mas todo es burla con haber de estar enamorado y solicitar en competencia de los muchachos, retar á toda una mujer entera, y dejarla más amagada que harta, habiendo gastado la noche en achaches y en disculpas y en requiebros vacíos, y ser forzoso ponerme colorado de que me digan: Dias há que nos conocemos, amigo viejo; y otras cosas así. Quien por esto pasare dos veces, puede echar á diablos con cuantos lo son. ¡Pues qué si la vida adrede porfia hasta que uno envejezca, y le labra de calavera, con calva de pié de cruz, cáscara de nuez por pellejo, jiba de *requiem*, muletilla que vaya llamando á las sepulturas, sueño en pié, vejiga empedrada, y el músico de braguero que se sigue luego, que canta pronósticos, astrólogo de orinal; espiado de herederos, rondado de responsos, heredad de médicos, ocupacion de barberos y alegron de boticarios, llamándome tio los labradores, agüelo los muchachos! Infierno vale más una vez que barriga dos. ¡Pues la genticilla que hay en la vida y las costumbres!

Para ser rico habeis de ser ladron, y no como quiera, sino que hurteis para el que os ha de envidiar el hurto, para el que os ha de prender, para el que os ha de sentenciar, y para que os quede á vos. Si quereis ser honrado, habeis de ser adulador y mentiroso y entremetido. Si quereis medrar, habeis de sufrir y ser infame. Si os quereis casar, habeis de ser cornudo. Si no lo quereis ser, lo sereis (si os descuidais) sin parte, y donde se pudiere. Para ser valiente, habeis de ser traidor y borracho y blasfemo. Si sois pobre, nadie os conocerá; si sois rico, no conoceréis á nadie. Si uno vive poco, dicen que se malogra; si vive mucho, que no siente. Para ser bien quisto, habeis de ser mal hablado y pródigo. Si se confiesa cada dia, es hipócrita; si no se confiesa, es hereje; si es alegre, dicen que es bufon; si triste, que es enfadoso. Si es cortés le llaman zalamero y figura; si descortés, desvergonzado. ¡Válate el diablo por vida y por vivo! No volviera por donde vine por cuanto tiene el mundo. Renegados precitos, habiéndome oido, ¿hay alguno de vosotros que quiera volver al nacer por donde vino, y recular la vida hasta el vientre de su madre?

—Nones, nones, decian todos: infierno, y no mama; diablos, y no comadres. Solo uno, mal encarado, barbinegro, cara salpicada y zurdo, dijo:

—Yo quiero volver, no por tornar á vivir, sino porque me estoy atormentando aquí con la memoria de los pícaros y mentirosos y enredadores, que en la vida me contaban mentiras; y yo de puro cortés callaba, y ellos quedaban muy ufanos de que yo los habia creido. Y voto á tal, que no creí á nadie nada, y piensan los bribones guiñapos que los creí. D. Fulano, que me dijo muy estirado de cejas: Por la misericordia de Dios, señor mio, puedo decir que en mi vida he pedido nada á nadie; y el ladron decia verdad, porque pedia algo; que nada no se pide; y porque él no pedia, sino tomaba, era una demanda con don y tenia más deudas que Eva, y nadie le prestó dineros que no prestase paciencia, y era á puras trampas ratonera, y decia que nó. Pues la muchacha que me dijo que era doncella, habiendo tenido más barrigas que un corro de pasteleros, y habiendo parido la procesion de las amas, y me queria hacer creer que era virgo, siendo ella cáncer y yo escorpion! Y el tenderéte, vendiéndome fidalguía, más grave que mil quintales, y más cansado que yo dél, me decia que todos los otros eran judíos, y sé yo que su padre se murió de asco de un torrezno, y que su merced anda de mala con la pascua de Resurreccion, y que en los caniculares echa en remojo toda su casa porque no se le encienda; y voto á tal, que sé yo que guarda su dinero y la ley de Moisen. Él dice que espera un hábito, yo digo que al Mesías. Pues el bellaco, pícaro, chancero, que con su á Dios gracias por empuñadura, muy entornado de ojos, con su cabeza torcida remedando su intencion, me decia: Yo, señor, me como tres mil ducados de renta limpios de polvo y paja, estos sin joyas y menaje y algun contantejo, y todo es de mis amigos; que á mí no me engorda sino lo que doy; que si hoy cobrase lo que me deben.... mas al fin.... Y entre chillido y suspiro remata sacudiendo los huesos á manera de temblor. Pensó el mohatrero ganapan que yo lo entendí así; y otros mil infiernos padezca yo si cuando me lo estaba diciendo no me daban vuelcos de susto dos reales que tenia en la faltriguera, de miedo de sus embestaduras, y que

me rezumaba de mientes por los ojos. Sé yo que si le prestan las espadas todas, no tendrán vuelta con decir que no hay ninguna sin ella, y aun el dia de San Anton en su poder no tendrá vuelta lo que le dan: aunque sea viejo, nunca es traído, sino llevado. El no paga nada, mas todo lo pagará con las setenas. Vendióseme el picarillo muy acicalado de facciones, muy enjuto de talle, muy recoleto de traje, pisador de lengua, haciendo gambetas con las palabras y corvetas con las cejas, cara bulliciosa de gestos y misteriosa de ceño, por gran ministro, hombre severo, y de lo que llaman de adentro, plático de arriba. Decíame: ¿Qué hay de nuevo por este lugar? porque yo dijese: ¿Quién lo sabe como vuesa-merced? Y al punto muy esparrancado de ojos decia: No hay sino dejar correr, Dios lo remedie, que tal y cual, lo del camino carretero: sí por sí, nó por nó; y al decir ello dirá, ponía una boquita escarolada como le dé Dios la salud, y zurcíame un embuste á la oreja cada dia. Harto estoy de decirlo; mi parecer dije, y con eso cumplo, lo demas Dios lo haga; pues esto no es nada; presto se verán grandes cosas. Y hablaba unas palabras con la barriga á la boca de puro preñadas. Yo las oia en figura de comadre, y con tanto se despedia de mí, diciendo: Si algo se ofreciere, amigos tenemos arriba; ya vuesa-merced sabe qué sabe Caratulilla, matachin de palacio, títere de arriba como Caramanchel. Lo que yo sabía era que andabas remedando privanzas, y contrahaciendo validos, y copiando ministros, pasando á oscuras favores chanflones entre pretendientes y pleiteantes, imitando lisiones por lisonjear, y todo el año trasladando de los poderosos y validos ajes, barbas, meneos, tonillos, figuritas y escorzados, apareciéndote por las escaleras, entrándote en las audiencias, y siendo para todo el lugar fin de paulina. Este tengo en los huesos; que no me le sacarán con uncciones. Déjenme volver al mundo, andaréme tras este muñeco hecho de andrajos de toda vision, diciendo á gritos á los que se llegan á él: Ox, que no pica; y no lo dejen por decir, que siendo condenado no he de ir á hacer tan buena obra á todos; que yo no lo hago sino por hacérsela muy mala á él y derrengalle la hipocresía.

Entretenidos tuvo esta gente á todos. Estábase Pluton embobado oyéndolos. Vino el soplon, abanico del infierno, resuello de las culpas, y dijo á Pluton señalándosele:

—Aquel demonio que allí va despeado acaba de llegar del mundo, y há veinte años que no ha venido. Mandóle llamar; llegó muy congojado.

—¿Cómo te has atrevido (le preguntó) á faltar de aquí tanto tiempo sin venir á dar cuenta, ni traer alma alguna ni avisar de nada, y diablo me soy? El diablo le dijo que no le reprendiese ántes de oírle; que quien condena no oyendo la parte, puede hacer justicia, mas no ser justo.

—Oígame vuesa diablencia, decia. Señor, yo recibí en guarda un mercader: los diez años le estuve persuadiendo que hurtase, los otros diez que no restituyese. Dióse Pluton una gran palmada en la frente, y dijo:

—¡Miren qué traza de diablo esta! Ya no es el infierno lo que solia, y los demonios no valen sus orejas llenas de agua. Y volviéndose al diablillo, le dijo: Mentecato, con los mercaderes has de gastar el tiempo, y ese muy poco, en per-

suadirles á que hurten; pero en hurtando, ellos se tienen cuidado de no restituir. Este es tonto y no sabe lo que se diabla. Llamó un ministro, y dijo:

—Lleva ese demonio, y ponle pupilo de algun mal juez, donde aprenda á condenar; que este se debe haber alquilado en los autos para diablo.

Grande rumor y vocería se oyó algo apartada: parecia que se porfiaba entre muchos sin órden y con enojo. Estaban en diferentes corrillos; en algunos eran modestas las réplicas, en otros se mezclaban injurias y afrentas. Habia quien, encendiendo la pasion, acompañaba con armas sus razones. Vianse golpes, heridas, y cuanto más se llegaba la visita, más de cerca se conocian los movimientos precipitados del enojo. Esto puso más cuidado en los pasos, mas no fué tan apresurado, que cuando llegamos ya la ira lo habia mezclado todo, y sin órden se despedazaban unos á otros. Las personas eran diferentes en estado, mas todos gente preeminente y grande: emperadores y magistrados y capitanes generales. Suspendiólos la voz del príncipe de las tinieblas; volvieron todos á él, padeciendo tormento en no ejecutar unos el odio y otros la venganza. El primero que allí habló fué un hombre señalado con grandes heridas, y alzando la voz dijo:

—Yo soy Clito.

—Más honrado soy, dijo otro que estaba á su lado, y he de hablar primero. Oye al emperador Alejandro, hijo de Dios, señor de los mundos, miedo de las gentes, magno y máximo, y no acabara de ensartar epitetos y blasones de su locura si no le dijera el fiscal que callase; que ya aquel papel le habia representado en la vida, y que acabada la comedia del mundo era ya reo acusado.

—Hable Clito; y él, que tenia gana, despejando mal la risa de su sentimiento, dijo:

—Yo, señor, fuí gran privado deste emperador, que para ver cuán poco caso hacen los dioses de las monarquías de la tierra, basta ver á quién se las dan. Hicieron á este maldito insensato, de quien la soberbia aprendió furors, señor de todo, con título de rey de los reyes. Persuadióse que era hijo de Dios; á Júpiter Ammon llamaba padre, y por autorizarse con el sello de Júpiter se introdujo en testa de carnero y se rizó de cuernos, y no falta sino torearle en las monedas y llamarse Alejandro morueco. En balde porfiaban en él las pasiones naturales, tan doctas en desengañar la presuncion humana: dióle lo que tuvo la fiereza, hízole grande la temeridad, creció del robo, no era capaz de advertencia. Presento por testigo al filósofo envasado, vecino de una tinaja, que le tuvo por bufon y se rió de verlo, y para la vuelta le dijo, estorbándole el sol que le calentaba: No me quites lo que no me puedes dar. Yo le serví en lo que me mandaba, y no me dió la privanza mi obediencia diligente, sino el entender él que yo sería partícipe de sus insultos, séquito de sus locuras, y aumento de sus adulaciones. Yo (¡desdichado de mí!) quise tener lástima dél; atrevíme á ser leal al tirano (esto que no es nada), y viéndole desacreditar las cosas de su padre Filipo y desnacerse, con la lengua y las obras, de tan gran príncipe que le dió el sér, desengañábale de la divinidad. Traté de que descornase su descendencia; referiale los esclarecidos hechos y virtudes de su padre, entre muchos que adorándole con incienso, le decian que era hijo de Dios; y habia adulador

que le aseguraba de vista la generacion divina, y consejero que por línea recta de varón le hallaba mayorazgo del cielo y heredero forzoso del rayo y el trueno. Yo le hacia tales recuerdos de las cosas de su gran padre, que le decia: Poco le falta á esta descendencia para divina. Pues para ver quién fué este desatinado tirano y cuál su violencia, por testigo de su grandeza, por voz de las alabanzas de su padre, con sus propias manos me mató á puñaladas, mas él murió en la mesa y vivió en la guerra. Concertadme estas medidas. Su maestro, de quien no quiso aprender á vivir, enseñó con qué le matasen, y una uña de asno disimuló el veneno, y él se quedó cornudo, sin Dios, sin reino y sin vida. A mí me dió el fin que he dicho por lo que habeis oido, y á Abdolonymo, monda-pozos, estándolos mondando le hizo rey de Sidonia, no por ensalzar la virtud, sino por mortificar con afrenta la soberbia de los nobles de Persia despues de la muerte de Darío. Topéme aquí con él, porque los privados que ha habido en el mundo nos juntamos á tomar satisfaccion de nuestros príncipes, y dijele que dónde habia dejado lo de Dios, y que si estaba desengañado; y en razon desto nos asímos cuando llegaste. Matóme porque alabé á su padre. Mira lo que es delito digno de muerte en un tirano, siéndolo solo en el padre haberle engendrado. A Parmenion y Filótas, sus privados, tambien los mandó matar, aunque le adoraban y tenian por hijo de Júpiter. A Amyntas, su prima, y á su madrastra y hermano, y á Callisthenes, su privado, mandó matar. De suerte, oh Pluton, que el delito es ser privado, no ser malo ni bueno, y es como lo que pasa en la vida humana, que todos mueren de hombres, y no de enfermos; que ese es achaque.

—¿Ahora sabes, dijo Pluton, que la privanza es tropezon y todo príncipe zancadilla; que los tiranos lo aborrecen todo: á lo bueno porque no es malo, y á lo malo porque no es peor? ¿Qué privado han hecho que no le hayan precipitado? ¿Qué digo? Acuérdeseos de la emblema de la esponja: todos sois esponjas de los príncipes; déjan-os chupar hasta que estáis hinchados, y luego os exprimen y sacan el zumo para sí. A estas razones se oyó grande alarido, y llegándose á Lucifer un hombre blanquecino, desangrado, viejo, y venerable y digno de respeto, dijo:

—Parece que hablan conmigo esas razones de la esponja, por los muchos tesoros y riquezas que tuve. Yo soy Séneca, español, maestro y privado de Neron. Los desperdicios de su grandeza cargaron mi ánimo, no le llenaron. En recibir lo que me dió sin pretenderlo no fuí codicioso, sino obediente. Quiere el príncipe en honras y haciendas mostrarse magnánimo, generoso y agradecido con un privado. Contradecir al príncipe tales demostraciones es desamor y atencion á la utilidad propia; pues rehusarlas es querer que el acto de virtud sea el suyo, y preferir la admiracion de la modestia y templanza del criado á la esclarecida generosidad del príncipe. Recibir el valido lo que el príncipe le da es querer que se vea su grandeza ántes que la virtud y humildad propia, y dar luz á la virtud del príncipe es el más reconocido vasallaje que puede darle un vasallo. Dióme Neron cuanto es decente á tal príncipe: el precio y mérito desto fué la enseñanza; permitia tantos bienes la demostracion de premio, no la pre-

suncion de hacienda ni el desvanecimiento de patrimonio ; no empezó el tesoro darme conocimiento del séquito que tiene forzoso en la envidia , que ejecutiva me procesaba por las calles , afirmando que persuadia á otros el desprecio de los tesoros por desembarazar de competidores la sed mia de riquezas. Yo vi adolecer mi opinion y enfermar mi buena dicha , no mi culpa , sino mi crecimiento , porque el escándalo no está en el que priva , sino en todos los que no privan ; y nunca puede ser bienquisto de todos quien tiene puesto que los que son como él desean para sí , y los que no , para otro en quien tengan más afianzada la medida. Determiné , adestrado con estas consideraciones , desembarazar mi ánimo y descansar de todos estos odios : fuíme al príncipe , y volvíle cuanto me habia dado ; y porque la restitucion fuese cortés y no grosera , la acompañé con palabras que Tácito refiere y mejora , persuadiéndole á que en darme tanto caudal se mostró espléndido , y en recibirlo prudente , pues mostraba que lo habia dado al benemérito , pues lo sabía despreciar. Yo tuve tan grande amor al príncipe , que no acobardaron mi buen celo las amenazas de su condicion ; batalla , no comunicacion era conmigo la suya , segun las grandes contradiciones con que siempre le disgustaba. No acallaron mi verdad su locura ni su fuerza , ni ménos derramó sangre que á mi reprehension se adelantase el desvelo de la conciencia. Mató á su madre , quemó á Roma este que despobló todo el imperio de beneméritos con el cuchillo ; y estas cosas pudieron persuadir á Pison la conjuracion , que se llamó de su mismo nombre pisoniana , muy bien propuesta , pero mal callada , donde murieron los mismos que habian de matar. Son pasos de la Providencia el guardar al tirano del peligro de la vida , por no venir colmado de las muchas afrentas y desesperacion que merecia. Aseguróse el príncipe destos , pero no de sus vicios , y luego al punto mandó matar á Lucano porque era mejor poeta que él , y á mí tambien me dió á escoger muerte ; mas eso no lo hizo por piedad , ántes bien fué fuerza mañosa , pareciéndole á él que la padeceria muchas veces repetida en la eleccion della , y que padeceria la que escogiese con el efecto , y las que dejase con el miedo que las rehusaba. Yo , metido en un baño , cortadas las venas , me despaché para este puesto que hoy tengo , donde este maldito aun no se harta de crueldades y lee cátedra de martirios á los diablos. En el Senado , cuando mató á su madre , hicieron votos y sacrificios públicos , y osaron adularle con las aras y los templos ; y cuando se difirió de la conjura de Pison , hicieron lo mismo por la salud del príncipe , y mandaron que al mes de abril en honra suya le llamasen Neron. ¡ Mirad qué senadores , que luego le sentenciaron á muerte ellos propios siendo su príncipe , y le hicieron morir como merecia porque los creyó ! Mas los senadores malos muchas veces aconsejan al príncipe lo que le pueden acusar :

*Carus erit Verri, qui Verrem tempore, quo vult,  
Accusare potest (Juvenal, sát. III).*

Y hubo alguno que en viendo propuesta alguna gran maldad , deseaba que todos sus compañeros fuesen justos y santos , solo porque su bellaquería fuese

única y su iniquidad el apoyo de la perdición. Levantáronse Quinto Haterio y Marco Escauro diciendo:

—Y esos que tú acusas, ¿bastaron á profanar tantos grandes senadores cuyo ánimo nunca temió los peligros de la verdad ni las amenazas de los príncipes? Los malos ministros se escriben, y se cuentan, y se maldicen: todo para imitarlos. De los buenos nadie hace memoria, porque el bien no se aprende, y el mal se pega, de la manera que un enfermo pega el mal á veinte sanos, y mil sanos no pegaron jamás salud á un doliente. Neron, ceñudo y con los ojos en el suelo, la voz delgada y temerosa, dijo:

—Saber más que el príncipe el privado y maestro es necesario, y conveniente disimularlo con el respeto. Presumir con el príncipe esta ventaja es delito: pues ¿qué será porfiar á convencer el criado á su señor á que sabe más que él? En tanto que me enseñaste á mí con lo más que sabías, te preferí en todo, y fué estimacion de tu prudencia mi imperio, y llegó á escándalo del mundo. Luego pasaste á enseñar á todos que sabías más que yo: cosa que debiste excusar, y aquí fué mi enojo; y quiero ántes sufrir lo que padezco, que privado que hace caudal de mi descrédito; y si no, díganlo todos esos príncipes. Y dió voces: ¡Ah reyes! ¿ha pasado algun privado vuestro más adelante, en llegando á presumir en sí suficiencia y discurso superior al vuestro? En tanto que los pueblos creen que el príncipe tiene talento y que obra por sí se sustenta el privado que lo persuade; mas en desarrebozándose la verdad y en desmayando el engaño, muere súpito todo valimiento. Decid si esto es así; y á una voz dijeron todos:

—Nó, nó, ni pasará adelante de aquí á la fin del mundo; que así dejamos tomada la palabra á nuestros sucesores y encargada esa acusacion á la envidia.

—¿Qué tengo yo que ver con eso, dijo Seyano, que supe y disimulé ménos que Tiberio, y habiéndole obligado con mis servicios, me mandó adorar y me hizo estatuas y las concedió privilegios sagrados? Fué mi nombre aclamacion del pueblo romano, mi felicidad lisonja de todo el imperio; mi salud voto de las gentes y ruego comun; y siendo el privado de mayor dominio en el alma de su señor, este maldito y siempre abominable Tiberio me hizo prender y despedazar, siendo mérito en el furor de los amotinados traer en los chuzos algun pedazo de mi cuerpo. Con garfios me arrastraron de las quijadas por las calles, y la crueldad infanda no se detuvo en la sepultura: más allá pasó; que á mis hijos hizo morir afrentosamente, y una hija, que por el privilegio de la virginidad no podía morir justificada, mandó que el verdugo la violase primero y que luego la degollase. Testigos tengo de mi abono: Veleyo Patérculo encarece mi valor, mi ingenio, mi maña y mi asistencia; y Tácito, que con la malicia se hizo bienquisto de los lectores á costa de los difuntos, él tampoco me niega las alabanzas. Nadie me dijo verdad; y con ser tantos los que acababan con mi caída, nadie se dolió de mí ni tampoco me osó enojar. Mi ruina empezó desde que quise prevenir todos los hados, quitar á la fortuna el poder, burlar sus diligencias á la providencia de Dios. Entónces, más sacrílego que prudente, me fortalecí contra la maña de los hombres, haciendo morir los buenos y los atentos, desterrando

á los ociosos y advertidos, y provoqué por enemigo al cielo, á quien quise excluir de mi causa. Tambien es verdad que yo me valí y acompañé de gente ruin: del médico para los venenos, del sedicioso para la venganza, del testigo falso y del mal ministro ventero de las leyes; mas no fué eleccion de mi voluntad, fué necesidad de mi puesto. Yo usaba de los que son siempre trastos del poder; y como sabía que en cayendo así me habian de faltar los malos como los buenos, usaba de los malos como de cómplices, huia de los justos como de acusacion. Cada virtuoso para el que puede es un dedo á la márgen, y cada entendido un espía y un testigo en buen lenguaje, que si habla, persigue, y si calla, culpa. No inventé la tiranía, ni sus malas costumbres Tiberio las aprendió de mí, que más las padecí aprobándolas lisonjero, que en las cárceles y el cuchillo los sentenciados. Si dicen que yo le aconsejé crueldades para quitarle el amor del pueblo y disponer mi levantamiento, ¿quién le aconsejó las que hizo conmigo? El caso es, Pluton, que los príncipes tienen por disculpa de lo que permiten, la ruina del medio que para ello escogieron, y que nuestra culpa es ser solamente la suficiente satisfaccion de los odios nuestras muertes; y al cabo, reyes, la nota cae sobre vosotros y vuestra inconstancia, y la lástima sobre nuestros castigos. Las historias, contando nuestras caidas, dicen siempre: Este fin tienen los que se llegan al favor de los reyes y príncipes; y nuestra desdicha en cada coronica es advertencia de un mal paso. Hacer un privado poderoso, rico, es mostrar el poder; conservarle es acreditar el juicio que dél hiciste y tu eleccion; deshacerle es desdecirte y darte á partido con los malcontentos. Mirad, mirad lo que somos. Y volviendo, jugaban á la pelota Santabareno, favorecido del emperador Leon, á quien mandó sacar los ojos; y Patricio, favorecido de Diocleciano, á quien hizo pedazos. Decia Santabareno, tomando la pelota:

— Este es el poderoso hinchado de viento. Pone el príncipe toda su fuerza en levantarlo de un voleo, y anda en el aire, mas siempre bamboleando; y mientras le dan dura en lo alto, y en no le dando cae, y en descuidándose se pierde; y si le dan muy recio revienta, y en lo alto se sustenta á puros golpes. Mas Plauciano, favorecido que fué de Severo, á quien despeñó por una ventana para que fuese espectáculo del pueblo, decia:

— Fuí cohete, subí aprisa, y ardiendo y con ruido en lo alto, me calificó por estrella la vista; duré poco, y bajé desmintiendo mis luces en humo y ceniza. Fausto, favorecido de Pirro, rey de los epirotas; y Perenne y Cleandro, favorecidos de Cómodo; y Cincinato, favorecido de Vitellio emperador; y Rufo, favorecido de Domiciano, y Amproniaso, de Adriano, estaban oyendo la voz temerosa y venerable del grande Belisario, favorecido de Justiniano, que ciego, habiendo dado con el bordon dos golpes y meneando la cabeza en torno para prevenir silencio, dijo:

— ¿Es posible, príncipes, que todos vuestros validos han sido malos? Peor es en vosotros ser verdugos de los yerros de vuestra eleccion que nuestras desgracias. Yo serví á príncipe cristiano y justo y que enseñó qué era justicia y hacerla, y debiendo á mi valor el imperio, despojos, y monarquía y triunfos, me hizo cegar, y me dejó pidiendo por las esquinas el sustento con los miserables;

y el nombre que se oía animando los estandartes y espantando los enemigos, y que valió por ejército apellidado, andaba por las plazas y calles pidiendo sin saber á quién. El favor de los príncipes es azogue, cosa que no sabe sosegar, que se va de entre los dedos, que en queriendo fijarle se va en humo: cuanto más le subliman es más venenoso, y de favor pasa á soliman; manoseándolo se mete en los huesos, y el que mucho le comunica y trabaja por sacarle, queda siempre temblando, y anda temblando hasta que muere, y muere dél. Siguiéron luego á estas palabras quejas lastimosas y terribles alaridos, señalando todos con ¡ay! donde tenían el azogue del favor, y empezaron todos á temblar; que parecía familia del Almaden. Mas Belisario tornó otra vez á hablar, y todos atendieron:

—Ved la infamia de Justiniano, que acobardados sus premios del exceso de mis méritos y servicios, me cegó; y mi virtud tan solamente me negoció la desdicha. Y habiendo de dejarme, temió mi razón y acabó conmigo. Y todos vosotros lo habeis hecho de la misma suerte, y en vuestras corónicas somos manchas coloradas de vuestra reputación. Y un afligido, que no se dió á conocer, dijo:

—No esteis ufanos de la miseria de los que os creen y pueden con vosotros; que príncipes ha habido constantes, y privados firmes: esto es echaros el agraz en el ojo. Josef en las sagradas letras; Eleázaro, conde y príncipe, fué privado de Roberto, rey de Francia, y ni tropezó ni resbaló ni cayó, ni otros muchos cuya alabanza vivió igual hasta su fin, cuyo aplauso no descaeció, cuya dicha nunca la enfermaron los envidiosos, y vivos y muertos y escritos fuéron exaltación de sus reyes, como nosotros acusación y escándalo y queja.

En esto estaban ocupados todos, cuando vimos un hombre que en las insignias parecía herrador; con un silencio podrido estaba embolsado en sí propio, muy cerrado de campiña: conociase en la atención y los gestos que hablaban allá dentro dél.

—¿Quién eres, dijo el fiscal, con ese yunque y ese martillo y esos clavos? Él con voz de grito por azote, en tono de ox dijo:

—*Yo me entiendo*. Saltó la dueña hecha otra dueña, por no decir un rejalar, y dijo:

—Entendido para tí mismo: habla claro, que aunque no te entienda, te chismaré todo. Di tu nombre, y qué hierras aquí, donde no hay bestias; y dilo luego, que si no lo dices luego te pondré otra dueña buida á los pechos hasta que lo digas. El pobre, que entendió que estaba ya en los profundos de la dueña, dijo:

—En esto conoceréis que yo me entiendo solo, pues preguntándome quién soy y mi oficio y habiéndolo dicho claro, no me habeis entendido. Yo soy aquel desdichado *Yo me entiendo* que anda en el mundo paladeando confiados, disculpando necios, y entreteniendo bellacos. Si me reprenden los vicios, digo que *Yo me entiendo*; si me aconsejan en los peligros, *Yo me entiendo*; si me tienen lástima en los castigos, siempre soy *Yo me entiendo*. Yo soy el coloquio entre cuero y carne y el porfiado entre sí; y como yo me entiendo y no quiero entender á otro, ni que me entienda nadie, todo lo yerro, y este es mi oficio. Y la dueña no sabe lo que se dueña, pues dice que no hay bestias donde hay *Yo me en-*

tiendo, que es todos los arres y joes con capa negra. No hubo acabado, cuando otro hombre muy enojado dijo:

—¿Quién fué el maldito que juntó á este entendido á oscuras conmigo, que soy *Nadie me entiende*? Aquí se revistió de sí mismo el entremetido, y dijo:

—Dígame culto, y si apelas dígame benemérito.

—Pues no soy, dijo el tal figura, sino casamentero. Soy sastre de hombres y mujeres, que zurzo y junto, y miento en todo y hurto la mitad. Yo soy embelecador de por vida, inducidor de divorcios; vivo de engordar dotes flacos, añado haciendas, remiendo abuelos, abulto apellidos, pongo virtudes postizas como cabelleras; confito condiciones y desmocho de años á los novios. Tengo una relacion Jordan que remoja las bodas. En mi boca los partos y los preñados son doncellas, y no hay hombre tan callado en hijos, pues acomodo abuelas por nietas. Al fin, yo hago suegros y suegras, que no hay más que hacer. Y llámome *Nadie me entiende*, porque si me entendiera el marido cuando le doy yo más dote con lo que miento que la novia con el que lleva, cuando le doy virtud con lo que callo, calidad con lo que finjo, hermosura con lo que encarezco, ninguna boda se concertara. Y si la esposita me entendiera: *El es un pino de oro, más aplicado que otro tanto; jugar, ni por sueños; otros vicios, ni por lumbré; en la condicion es hecho de cera; muy rico; ya se ve*, con el etcétera de las espectativas (que es la hojarasca que gastamos los casamenteros, y todo pára en *pino de oro, ni por sueños, ni por lumbré y ya se ve*, hojaldré de vergantes),—ánte la triste diera con su doncellez en unas tocas que embodarse. ¡Pues verme prometer infinito y no traer nada, diciendo muy flechado de cejas: Señor, vuesa merced no repare en hacienda, pues Dios se la ha dado; calidad, harta sobra á vuesa merced. Pues hermosura, en las mujeres propias ánte es cuidado y peligro. Cierre vuesa merced los ojos y déjese gobernar; que yo le digo lo que le conviene!

—¿Hay ladrón como este? dijo el soplón. Pues demonio, ¿qué me traes, si ni tiene calidad ni hacienda ni hermosura, y quieres que cierre los ojos? Embistiera con él, sino que la dueña se puso en medio, diciendo:

—No hay tal, hombre: por otra relacion como esta me tragó á mí por mujer quien se casó conmigo.

—Maldito sea yo, decia un testador, que me veo desta suerte por mi culpa. Voto á tal, decia (y llamaba á todos), que si sé hacer testamento, que estoy vivo ahora, y que no me he condenado. La enfermedad más peligrosa, despues del dotor, es el testamento: más han muerto porque hicieron testamento, que porque enfermaron. ¡Ah vivos! gritaba, sabed hacer testamento, y vivireis como cuervos. Desdichado de mí, que enfermé de mi exceso y peligré de mi dotor y espiré de mi testamento! Dejéronme los médicos, mandándome prevenir; yo con mucha devocion y mesura ordené mi testamento con mi *In Dei nomine, Amen*, lo de su entero juicio, el cuerpo á la tierra, y las demas cláusulas del boquear; y luego (nunca yo lo dijera) empecé los *Item más*: A mi hijo dejo por heredero. Item, á mi mujer dejo esto y esto. Item más, á Fulano, mi criado, tanto y cuanto. Item más, á Fulana, mi criada, esto y el otro. Item más, á Fulano, mi amigo, porque se acuerde de mí, un vestido. Item más (si muriere), dejo libre á

Mostafá, mi esclavo. Mando al señor doctor Fulano una taza de plata que tengo dorada, por el cuidado con que me ha curado; y al instante que firmé el testamento, la tierra, á quien mandé el cuerpo, tuvo gana de comer, mi hijo de heredar, mi mujer de monjil, mi criado de lágrimas y vestido, mi amigo de acordarse; y todos andaban dados al diablo. Si yo pedia la pócima, mi mujer respondia tocas; el criado, ropilla; el esclavo, horro Mahoma. Por darme confortativos me daban zupia. El doctor, desde allí adelante, cuando venia me pedia la taza por pedir el pulso, y de mala gana tomaba uno por otro. Si le preguntaba cómo ha de ser la cena, decia que pesada y honda. Si daba un grito, decia mi hijo: ya espiró; mi mujer, descuelguen; el criado, daca; el amigo, veamos; el esclavo, vaya. Y como nada de lo que mandaba se podia cumplir sin mi muerte, en mandar á todos algo, mandé que me matasen todos. Si yo volviera á la vida, este fuera mi testamento: Item, mando á mi hijo heredero, que mal provecho le haga cuanto comiere, y que mi maldicion le caiga, y que cuanto le dejo es de mala gana y por no poder más. A él y á ello se los lleve el diablo; y á mi mujer, que mala pestilencia le dé Dios, y duelos y quebrantos. Y á Fulano, mi criado, si yo muriere, mando que le persigan y se gaste mi hacienda en destruirle; y si viviere, le daré dos vestidos. Y á Fulano, mi amigo, si falleciere, mando que no le dejen parar á sol ni á sombra, y que declaro que es un perro. Item más, si me muero, niego todas mis deudas: y solo considerad, demonios, cuáles andarían los mohatrereros por resucitarme á mí. Al esclavo, si muero, mando que cada día le pringuen tres veces. Al doctor que me curó, que mi mujer se muestre parte y le pida mi muerte. Y á mi heredero, que haga tasar lo que justamente vale el haber acabado conmigo, porque me ha encarecido el ser calavera, como si yo se lo rogara, y me lo ha hecho desear, y pido á todos que lo apedreen. Y voto á tal, que solo estoy sentido aquí del doctor, que no solamente me persiguió sano, me mató enfermo, sino que pasa la ojeriza de la sepultura; y en espirando uno, por disculparse dicen dél mil infamias: Dios le perdone; que el mucho beber le acabó; ¿cómo le habiamos de curar si era desordenado? El era insensato, estaba loco, no obedecia á la medicina, estaba podrido, era un hospital; él vivió de suerte, que le ha sido mejor; esto le convenia (¡miren qué convenia este á mi costa!): llegó su hora; pues tomen el dicho á la hora de todos los difuntos, y ella dirá que ellos la llevan y la arrastran, y que ella no se llega. ¡Oh ladrones! ¿No basta matar á uno y hacerle que pague su muerte, costumbre de los verdugos, sino tener la disculpa de la ignorancia en la deshonra del pobre difunto? Aprended á saber hacer testamento, y llegaréis los mozos á viejos, y los viejos á decrepitos, y moriréis todos hartos de vida, y no os podarán en flor las hoces graduadas y el doctor Guadaña.

Tales palabras dijo aquel difunto por madurar, que Pluton y sus ministros á gritos dijeron:

—No dice mal este condenado; mas si le oyen y le creen, á los médicos y á los diablos (el ruin delante) los ha de destruir. Mandáronle tapar la boca, y á pocos pasos que anduvieron fué tal el alarido y la grito, que con prevencion y susto se pusieron en defensa. Habia gran número de gente de todos estados,

—Ellos son, decían; sáquenlos. ¿Habíamos de dar con ellos? ¡Oh infame mujer! ¡Oh maldito pícaro! Aquí te tengo; y otras palabras tan alborozadas como estas. Unos se asian de otros, y apenas se vian sino dos bultos: uno con un manto, señas de mujer; y otro hecho pedazos y lleno de alcuzas y jarros y trastos.

—¿Qué es esto? dijo la guarda. Llegó la ronda, bien ordenado el tribunal; respondieron:

—Señor, aquí hemos hallado escondida la disculpa de muchos chismes y la averiguacion de muchas insolencias.

—Aquí están, decían con gran alegría, aquí los tenemos. Pedían albricias á Lucifer: Aquí están, señor, *la mujer tapada* que dice todas las cosas, y *el poeta de los pícaros*. No se puede explicar la demostracion que Pluton hizo de haber hallado en su reino estas dos figuras tan perniciosas. Mandó sacar á *la mujer tapada*: estaba hecha un ovillo, liada con su manto; dió grandísimos gritos, diciendo que no la destapasen porque se perderia el mundo.

—Déjenme, basta que estoy aquí solo porque me tapé; yo tengo infinitas caras, y muchos me acusan que debajo deste manto tienen la suya; mi delito es mi manto. Yo, la pobre *mujer tapada*, dije al rey pasando un chiste, y á la reina otro: yo dije á los privados, yo á los ministros, yo á los señores, yo á los clérigos, yo á los frailes, yo á los obispos; y este negro manto ha sido de lenguas, y no de soplillo. No tengo yo la culpa, sino bellacos, que como me ven tapada, se me meten debajo del manto, y dicen lo que quieren, y luego no hay sino: una mujer tapada dicen que dijo. ¿Saben vuestas mercedes lo que dijo una mujer tapada? Cuentan que una mujer dió tal memorial; y yo, pobre de mí, soy una tonta que apenas sé pedir siendo mujer. Si fuera yo este bellaco pícaro que está á mi lado.... Y él respondió:

—¿Qué culpa es la mía, mala hembra?

—¿Qué culpa (dijo un demonio)? Ser tú peor que todos nosotros: ¿tú no eres *el poeta de los pícaros*, que has llenado el mundo de disparates y locuras? ¿Quién inventó el *tengue tengue* y *don golondron*, y *pisaré yo el polvillo*, *zarambada* y *dura*, y *vámonos á chacona*, y *qué es aquello que relumbra*, *madre mia*, *la gatatumba*, y *naqueracuzá*? ¿Qué es *naqueracuzá*, infame? ¿Qué quiere decir *gandí*; y *hurruá*, que en la ventana está; y *ay, ay, ay* (y traer todo el pueblo en un grito); y *ejecutor de la vara*, y *daca á ejecutor de la vara*; y *señor boticario*, *deme una cala*; y *válate Barrabás el pollo*; y *quiriquirigay*, y otras cosas que sin entenderlas tú ni el que las canta, ni el que las oye, al són de las alcuzas y de los jarros y de los platos las cantan los muchachos y mozas de fregar con tonillos de aceite y vinagre, y dos de queso, y pella y pastel, que tú compones, y no hay recado que no chilles, ni calle que no aturdas, obligando á que se enfurezcan las repúblicas, y con pregones restañen tus letrillas y *hues* y *ayes* y *arrosos*, *cuzas* y *pipirititandos*? Nadie está en los infiernos con tanta causa ni con tan sucia causa.

El pobre *poeta de los pícaros*, que no pudo negarse y se vió descubierto y conocido, pidió que le diesen licencia para hablar. Fuele concedida y dijo:

—¿Es mejor lo que hacen los poetas de los honrados? ¿Está mejor ocupado un ingenio en gastar doce pliegos de papel de entradas y salidas y marañas para casar un lacayo sin amonestaciones, que yo, que con un cantarcillo y un *cachumba*, *cachumba*, y un ¡*oh qué lindito!* al muchacho que trae un pastel á su amo, le embarazo la boca con el tonillo para que no dé un bocado al plato, y al jarro un sorbo? Más sisas excusé con el *zambapalo* y con la *marigarulleta*, que letras tienen mis cantares. ¿Con qué me pagarán que á la niña que trae el cuarto de mondongo la embarace la garganta con el *naqueracuzza*, y no con una morcilla? ¿Fuera mejor matar de hambre á todos los graciosos, hacer gallinas á todos los lacayos, y en los entremeses deshonorando mujeres, afrentando maridos, y tachando costumbres, y entreteniendo con la malicia, acabando con palos ó con músicos, que es peor? ¿Es mejor hacer autos, y andar dando que decir á Satanás, y pidiendo el alma, y lloviendo ángeles á pura nube, y tener á vuesa merced quejoso siempre (dijo mirando á Pluton), y que no deba á un poeta una ánima, que siempre se la lleva el buen pastor? ¿Es mejor andar sacando los pecados propios y mis amancebamientos á la jineta, en los romances, de garganta en garganta, y que canten todos lo que yo habia de llorar; y que si Dóris escupe, ande su gargajo de boca en boca? Es mejor que *Gil* y *Pascual* anden siempre en los villancicos, el uno con *mil*, y el otro con *portal*, tirando las navidades, envueltos en consonantes sin pelo? Es mejor andar gastando auroras en mejillas y perlas en lágrimas, como si se hallasen detras de la puerta; y estando España sin un real de plata, gastalla en fuentes y en cuellos torneados, valiendo á setenta por ciento, y sin que se vea una onza gastada en lámparas por los poetas, teniendo repartidos millones en orejas y testuces? ¡Pues lo que hacen con el oro! A carretadas lo echan en cabellos, como si fuera paja, donde no aprovecha á nadie: y llámanme á mí poeta de pícaros, porque sin gasto ni daño alegre y entretengo barato y brioso con *vengo de Panamá*, y *de qué tienes dulce el dedo*, y *don don camaleon*, y otras letrillas traviesas de són y comederas? No, sino escribiré *coruscos*, *lustros*, *jóven*, *construyendo*, *adunco*, *poro*, con *trisolca*, *alcuzza*, *naqueracuzza*; y *libando*, *aljófara*, con *si bien*, *erigiendo piras canoro concento de líras*.

Zarabullí, ay bullí, bullí, de zarabullí.

Bullí cuz cuz

De la Veracruz:

Yo me bullo y me meneo,

Me bailo, me zangoteo,

Me refocilo y recreo

Por medio maravedí:

Zarabullí.

«Júzguenlo los diablos cuánto es mejor *zarabullí* que *adunco*, y *cuz cuz* que *poro*, y *meneo* que *pira*, y *zangoteo* que *lustro*, y *refocilo* que *trisolca*: lo uno es culto y lo otro pimienta. Cuál hará mejor caldo dígalo un cocinero. Ello bien puedo yo ser el poeta de los pícaros, mas ellos son los pícaros poetas; y por lo ménos á mí no me veda la Inquisicion ni tengo examinadores; y míreseme bien